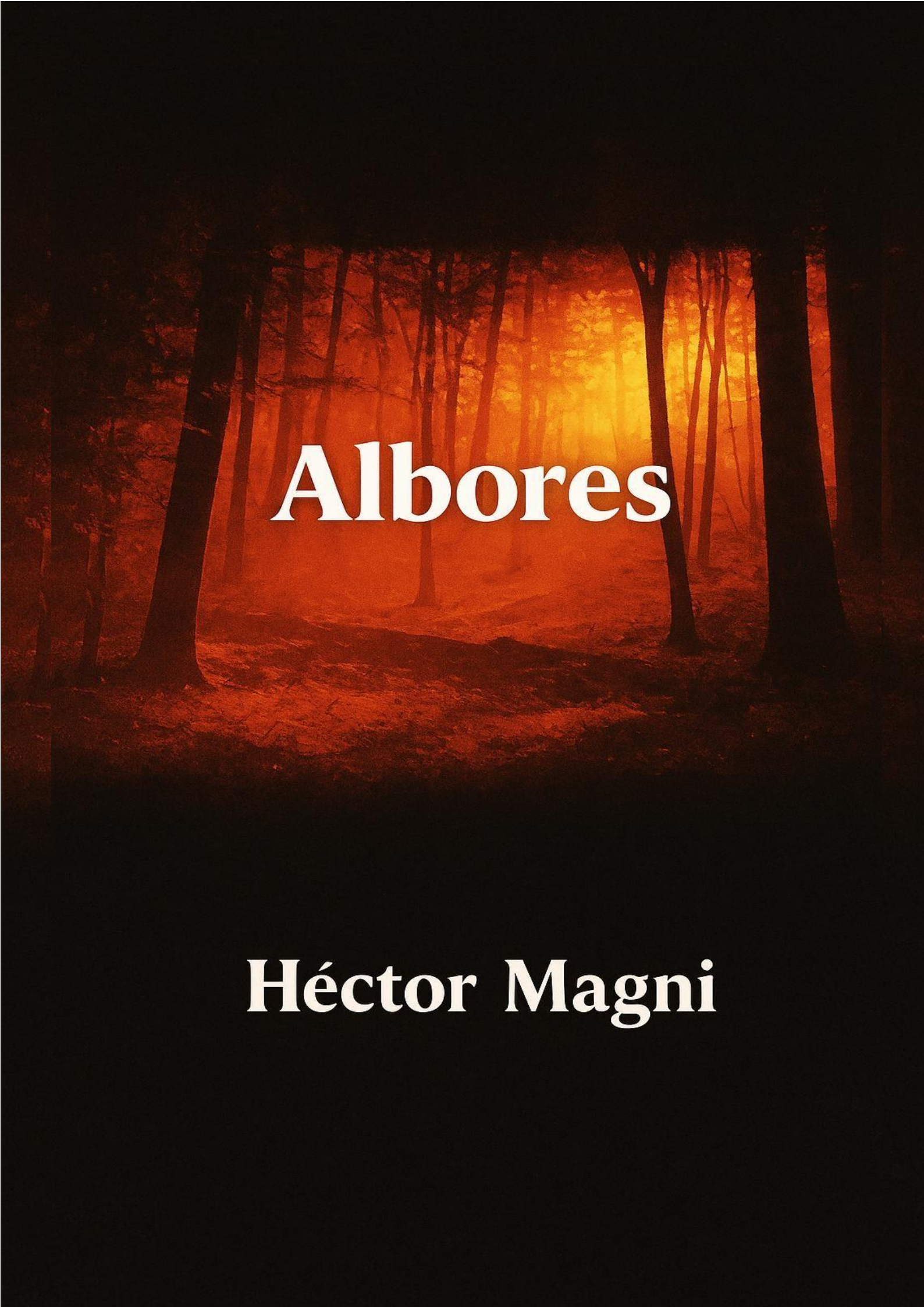

Albores
Héctor Magni

ALBORES

HÉCTOR MAGNI

ALBORES

ISBN: 950 - 43 - 1363 -9
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

EDICIÓN DEL AUTOR
Buenos Aires -RepúblicaArgentina

ALBORES

(de mi emancipación)

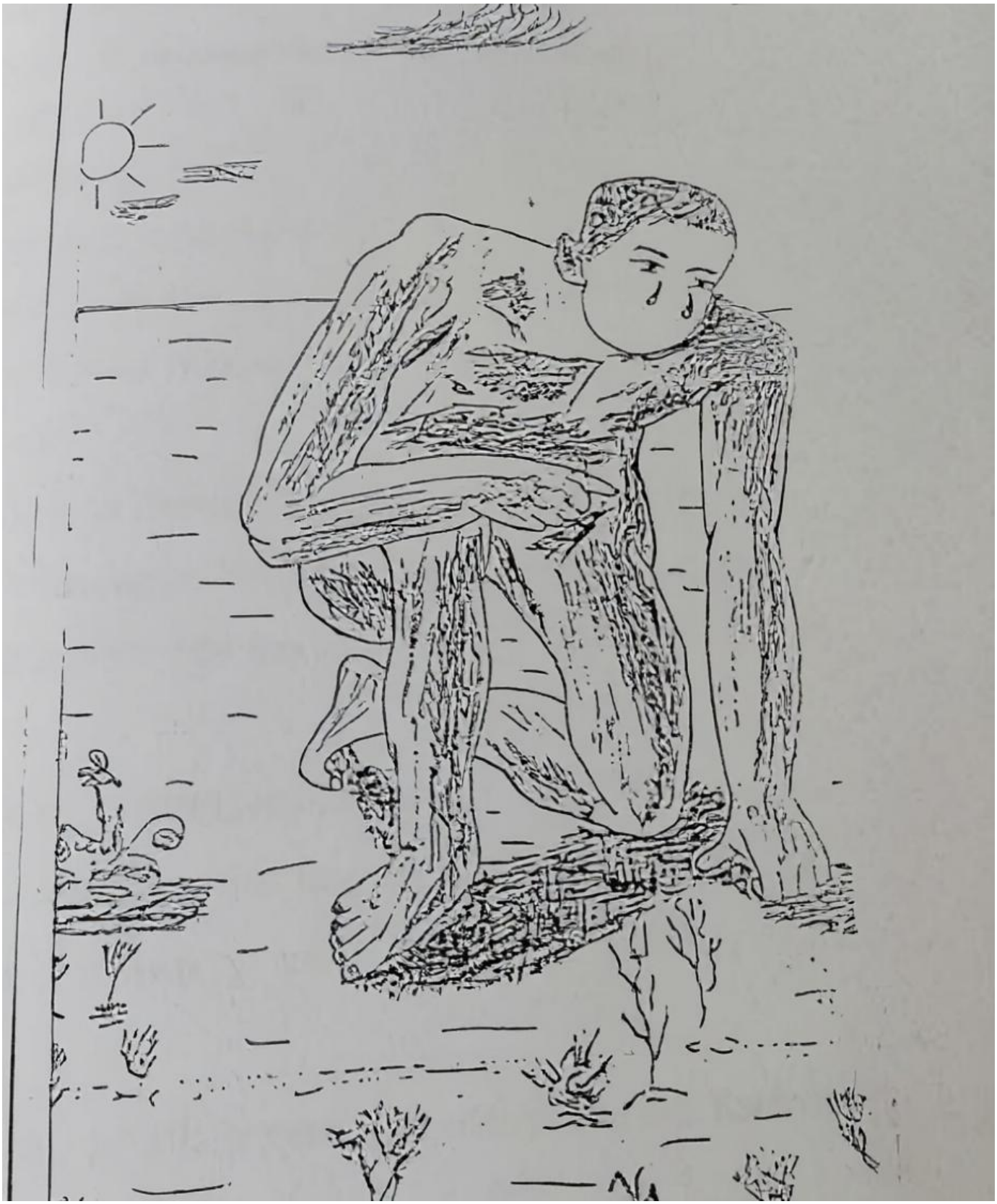
(Con dibujo del autor)

(al niño que fuí ...)

La alternativa era
perderme aquí
entre las enfermedades
de mis poemas
o llorar en los caminos,
tristeza,
y ser.

Fue difícil elegir,
créeme . . .

Y yo quise tristeza, ser
aún llorando en los caminos.



Éramos de piel

Cuando éramos de piel
cuidábamos la piel.
Elena cerraba sus ensoñados ojos
como un alma que se frecuenta
a sí misma
y entre elegantes y modestas sedas
entornaba postigos, ventanas,
y las solemnes puertas de madera,
por donde huían
la fantasía y las uvas,
el piano en la lluvia,
para que el sol no la desdibujase,
como la corriente rápida del tiempo
cincela y dilata
las coronas de la frente.

Veíamos las rosas en la mesa
todas las mañanas.
Yo escribía alborozado
sobre roídos inventarios
y desnumerados almanaques,
pasiones primeras,
toscas confesiones familiares.
Quería ser lagos
porcelana de lagos
desde dónde la luna
pudiera tener un lugar para mirarse.

Ana rezaba hospitalaria
en algún profundo y ordenado rincón
de su oscuro cuarto,
sin que nadie la escuchase,
tiernas palabras de amor
y solitarios oratorios de vigilia,

como una vidente en un reducido albergue
deletrea lánguida
su magia de perfumes.

Jorge no volvía atrás
su vista ni su cuerpo;
sus ojos brillando de súbito y alegres,
deseosos de atrapar
recuerdos y memorias
en la habitación, expectantes,
como voraces fauces de un león
que aguardan alertas a su víctima.

Antonio olvidaba los intentos
por alejar de sí
los corazones ingratos
que alberga la fortuna;
las misteriosas voces que
desde las balaustradas vecinas
intentaban acercarse.

Los tiempos principescos
y bulliciosos
donde se suponía contagiado
por leyendas
sobre el comportamiento de una flor.
La innumerable cantidad de peregrinos
que sin ser reales
bajo su cuerpo renacían.

Éramos de piel y veíamos
todos juntos,
cómo los demás se suicidaban.

Todas las mañanas...
pero... ¿y ahora qué?

Ana no ve casi nada y llora
con ardoroso pesar noche y día
porque fuertes dolores de vientre
ya no la abandonan.

Quizás espere como una nave solitaria
a ser conducida a otro puerto anochecido
donde sus ojos semejen
otra vez una estrella rectora.
Antonio habita en lo profundo
las tierras del mediodía
cuyas superficies irradian
una luz que él persigue.
Curioso y ligero sobre los techados
se desliza a través de un secreto
camino descubierto por él.

Todos viajan
aligeran el paso.

Elena conduce entre sus manos limpias
un ramillete de rosas
a cuyo cuidado entrega
sus negros ojos infantiles,
inquietos y abiertos.

Un racimo de hojas puebla su cabeza.
Su cuerpo gira una y otra vez
velozmente,
como una piedra desde la altura.
Piadosamente acechada
por los orígenes de una parra
agridulce,
ella ríe y sueña entretejiendo
un deseo verosímil hacia todos:
el alimento suficiente.

Jorge
espera lastimado y sorprendido
mudas palabras
junto al fuego del hogar.
Ahora es un agonizante viento
quien lo impulsa
en una veloz carrera,

como a esas frágiles
plumas de pájaro que de repente
duras y frías
atraviesan el espacio.

Todos viajan
aligeran el paso
apresuran su destino.

Y yo entre festivas torres de ajedrez
y antiguos petrificados libros
observo el lento paso de las nubes,
la mutación de la naturaleza,
y permanezco como un tigre,
con la vértebra recta y la cabeza lúdica,
preguntándole a la paloma
mensajera del mundo
si ha visto el lugar
donde florece mi tumba.

Y sobreviviendo, narrando
que hace tiempo, mucho tiempo,
éramos de piel
por ejemplo.

En el Norte:
es una fina y delicada aguja
bordando la reposada cabellera del mar;
y se agita . . .
En el Este:
es un espejo que mira
solamente un ser desesperado
que perdió su rostro; y se desdobla . . .
En el Sur:
es un pájaro carmesí que vuela en círculos
bajo los oscuros brazos de un sauce
benigno, aquejado solo por su lentitud;
y se adelanta . . .
En el Oeste:
es un tieso espantapájaros
vestido de payaso,
que cuida una mujer anciana
que bate palmas y se pronuncia;
y se apresura . . .

(¿Cómo es posible que adquiera tantas formas?)

El agujerito
por donde yo me oculto
es muy pequeño,
del tamaño de una nuez.

Cuando sopla el viento sobre los árboles,
y las sombras agitadas de las ramas
que lo ocultan
atraviesan el centrado círculo
de su boca violácea . . .
yo sueño y escribo.

CREPÚSCULO MOMENTÁNEO

Voy lejos
a la cima insuperable de la orquídea,
al meridiano clima donde el mar
fulgura y ríe convexo,
a la disolución de las cenizas en la arena,
a las palmeras del pájaro
donde se desvanece el culto,
al literal responso donde
se abre y mece la manzana,
allá voy,
como los tristes también a las tribunas,
donde los hombres muestran
llagas de épocas ilustres;
a la frágil mariposa cuyo vivaz aleteo
refresca los hombros de extraviados
mendigos,

a la vivienda oculta en las placentas,
a la canción desesperada que orinó el
músico,
a las tristezas del pintor
que se cortó una oreja,
a la comensal ceremonia
de los herreros cuando danzan,
a tu resurrección y flagelo
en los momentos en que
más te gusta vivir.

LIMITES QUIMÉRICOS

Imposibilidad de resignarse
ante las puertas
que siempre estuvieron cerradas
y ante aquellas
que ya no volverán a abrirse.
Imposibilidad de dar la poca vida
arrebatada
a la sonrisa asmática del mueble;
imposibilidad de dar a la suerte,
esa intangible aventurera,
nuestro cuerpo, en un lejano dormitorio
poblado por quejumbrosos lechos de
madera.
Imposibilidad de los amantes
cuando el reservado beso nocturno
no es más que un par de bocas
calladas por el miedo.

Imposibilidad del Ser
de acumularse y repartirse
en un poema al cosmos.
Imposibilidad de los vestidos de ser abrigo de almas
pues aún los hombres seguirán desnudos.
Imposibilidad de que tu rostro angelical
repose en mis rodillas y descanse sobre mi pecho
acumulando soledades y un futuro.

Imposibilidad de estar despierto
cuando el reloj te solicita;
imposibilidad de amasar el trigo
y dar la madre al niño hambriento.
Imposibilidad de recordar llorando
aquellos febriles sueños azules
del artista incinerado vivo mientras
mostraba su obra y sonaban
los tambores del hambre.

Imposibilidad de despertar una mañana
y ver como quisiéramos,
al hombre del poema
sentado solitario
ante una mesa,
con el mameluco puesto
preparado.

AMOR

Yo poseo
Tú posees
El posee
Nosotros poseemos
Vosotros poseéis
Ellos no poseen.
Por eso,

Yo
Tú
El
Nosotros
Vosotros
para ellos

somos seres inolvidables.

(Aclaración:
El próximo relato tiene la influencia
de algunos films como El Exorcista,
entre otros, donde los personajes
oscilan entre el bien y el mal,
y en determinadas circunstancias,
sin poder salir de los tortuosos
condicionamientos que les impone
el medio en que viven, y la gente
con la que se vinculan.
Dicho esto, el autor se siente
más tranquilo por la inclusión
de este texto en este libro
cuyo sentido principal es
hablar de la vida) .

Ellos no asistirían a su nacimiento.
En ese momento él,
llamaba a su madre.
(Solamente ella escuchaba su voz,
junto al fuego de leña,
mientras secaba sus zapatos).
Incorporándose lentamente,
cubierto de luz su desnudo cuerpo,
abría las ventanas con ternura ,
para servirse del nuevo aire.
El problema eran las palabras,
no tenía.
(Tal vez porque él permanecía
como una visita extraña).

Acostada sobre las tibias sábanas
de su cama,
comprendía que en pesados silencios
maduran algunas verdades desconocidas.

Esperó por segunda vez
(tal vez tendría palabras),
pero tímida, no emitió voz alguna.
Se resignó,
mientras tejía abanicando
su cuerpo contra las almohadas,
la monotonía de las costuras
ya no atormentaba su sueño.
Invitó a ellos al nacimiento
de su hijo.
Ellos no asistirían. Se negaron:
"No, no iremos" .

Recordó que entre ellos
hubo quien como adormecido fugitivo,
comió de su mesa,
quien desesperado y sin destino
se cobijó en su casa.
Cuando le dijeron que no irían,
su mismo "duende"
ridiculizó su permanencia.
Ahora les daba la espalda,
ahora se había ido.

Al regresar,
la luz apenas alumbraba
los umbrales de su casa;
las habitaciones se veían
sombrías y ceremoniosas;
habían unas pocas rosas dispersas
por el piso

y en la mesa brillaban
unos cubiertos más.

Ella se ocupó de todo.
Siguió imaginando.
Se encerró en su cuarto
y se quitó las ropas.
Acarició su vientre,
se miró al espejo.
Ahora veía sus ojos,
su boca,
sus uñas,
su ombligo, sus pechos,
pero no a él.
Le preocupó;
sintió que la vida era ahora
una súbita responsabilidad,
y siguió esperando.

Cuando él nació,
en ese lugar no había rosas
y las paredes estaban
demasiado apartadas de la cama.
La soledad le causó asombro,
conmovió su vergüenza
de tardía adolescente,
y sintió,
la fatigosa necesidad
de liberarse
de su ilusión anterior.
"¿Pero si es tan grande el lugar,
por qué no lo han llenado?" .
Vió cómo partía hacia ella
la sencilla tolerancia
de la criatura,
mientras sus ojitos
esmeradamente nobles,

observaban los objetos
con cierto encanto.

Entonces ella decidió mirarse.
Ver su vientre,
sus ojos,
su boca,
sus uñas, su ombligo,
sus pechos,
y hablarle.
“¡ Apenas dos, solamente dos!”

Le contó,
que los niños crecen en el sueño,
hurgando los cajones de un idioma
que jamás conocerán;
que la bondad y la misericordia
pueden ser vividas por los hombres,
cuando éstos por sí mismos

reconocen en el prójimo
su imagen, su propia imagen.

Le habló de otro mundo,
un mundo extraño,
en donde nunca nadie turba
la paz de aquellos que se aman.
Le habló de cien puertas cerradas
y cien puertas abiertas,
que a nadie esperan.

Le contó,
con los ojos encendidos,
de aquellos animalitos
que para mejor vivir,
intercambian alimentos.

Le habló de la luz,
del aire,

de la alegría,
y de una eterna esperanza
renovadora.
¿Pero él escuchaba?
¿Y cómo podía escucharla?
(Demasiado olor a alcohol
y a naftalina en ese cuarto.
Demasiada luz).
Mas a pesar de ese
consentido mutismo,
ella, como si nada ocurriese,
siguió hablando.
Ahora él estaba, era,
y recibiría protección y cuidado;
lo abrigaría
de la inutilidad de las costumbres,

le evitaría
el rápido camino de las enfermedades.
Cuando abandonó la clínica,
en casa había muchas rosas
y un par de cubiertos más.
Como siempre, prestamente,
se ocupó de todo.
No faltó quien llamara
para felicitarla,
quien se acercara para conocer
a su despreocupado durmiente.

Esas eran más rosas, otras rosas,
floreciendo en medio de
sus padecimientos.
Luego siguió imaginando . . .

Él volvía a llamar a su madre,
y ella estaba allí, suspirando
como ante algo desconocido,

ahora escuchaba su voz
(pero tampoco tenía palabras
para ofrecerle).
Pasaron años y él no creció.

Ellos reían. Sí, eran los mismos
que no habían asistido
a su nacimiento.

Ella esperó constante y sin desesperar,
envuelta en su rosada pañoleta
de invierno,
muchos años más.

"Hay que darle tiempo", se decía.
Y él tuvo tiempo.
Sombrío y silencioso permaneció
durante largas noches, arropado
ante la esterilidad de las puertas.

Tampoco creció.
Ella pensó entonces
que mientras afuera en el mundo
muchos seres podían estar expiando
la falta de no haber sido felices,
ella vivía su infelicidad
silenciosamente,
entre las paredes de su cuarto.

Una madrugada,
entre la desesperación y el abandono
de sus fuerzas,
se lo entregó a ellos
para que se ocupasen de él.
Les faltó tiempo. Acostado
en un canasto de mimbre,
sobre las frías aguas del río
lo dejaron flotando a la deriva

(para que se internase
en nuevas tierras, en nuevos mares).
Luego rieron, un poco sorprendidos .
Ella vio la cruz.
Ya estaba vieja,
consumida por la nostalgia.
Se encerró en su cuarto
y se quitó las ropas.
Acarició su vientre,
se miró al espejo.
Vió sus ojos,
su boca,
sus uñas, su ombligo,
sus pechos,
y lloró;
lloró desconsoladamente
diciendo:
“yo no soy esto” .

EPOPEYA DE LOS NIÑOS DANZANTES

Un niño
bajo la lluvia
vestido de muñeco,
calzándose las botas.

En lo frágil de la arena,
pedazos de cáscara
de un tímido payaso descalzo.

"Yo duermo aquí mismo
yo sonrío aquí mismo".

Sobre el tobogán
hay dos máscaras de marzo
finamente dibujadas,
una baja
la otra sube.

Los gatos cruzan velozmente
el césped
se detienen y observan.
Crece un árbol.
Un cielo somnoliento
abre las miradas.

"Cuando florezcan los higos
vendré a buscaros".
Azul bajo la lluvia
vestido de muñeco.
"Yo me arrepiento aquí mismo
yo me perdono aquí mismo".

La leche bajo la lluvia
calzándose las botas.
Da pasos largos
y ligeros
se derrama en mitad del parque
y sorprendida

por
el
tobogán
desciende.

La leche bajo la lluvia
vestida de muñeca
por el césped
cruza velozmente.

"Yo vivo aquí mismo
yo despierto aquí mismo".

Ahora bajo las botas
alguien se calza
la lluvia.

Los niños danzan.

ALBORES

Aquella mañana, amaneció lluviosa.
Cuando ingresé al salón blanco,
el Presidente me esperaba
con una sonrisa,
sentado en su amplio sillón
de madera.
Intercambiamos saludos
y le hice saber que el propósito
de mi visita,
era simplemente narrar
a título de cortesía
y para su conocimiento,
mis reflexiones personales.
Se mostró muy interesado en ello,
y puso toda su atención
en escucharme.

Así le hablé:
"Señor Presidente:
pienso en mis padres.
Me abandonaron
siendo todavía un niño.
No recuerdo sus rostros . . .
pero siempre los amé.
De niño me encerraba en mi cuarto
para aprender las ciencias
y la filosofía.
En la escuela estudiaba mucho
sólo lo que me gustaba.
Me pasaba buena parte del día
incitándome a viajar,
como una forma de sentirme aliviado.
Estaba bajo la protección
y cuidado de mis tíos.

Más tarde, conocedor
del mundo exterior,
me aconsejé a mí mismo
en mis estudios,
en la elección de mi carrera.
En ese sentido fuí obediente.

Aunque jamás obtuve
un premio al mejor
en ninguna de las materias
o especialidades.
Cuando decidí presentarme
al colegio secundario
ya había leído a los griegos.
Recuerdo el día en que telefoneé
a casa
para decir a mis tíos,
que no podía estar más tiempo
insensible respecto

de lo que pasaba con la guerra
y con la situación
de los necesitados en el mundo.
Me gustaba viajar,
tratar con la gente
para después opinar
con facilidad
desde la soledad.
Me preocupé
en cuidar mis amistades,
de estar rodeado de familia
en las Navidades
y en las fiestas.

El mundo podía andar de una manera
no deseada por nosotros,
pero siempre había seres
a quienes amar y que nos amasen.

He creído en la filosofía,
en ciertas doctrinas,
y me he engañado.
He leído y escuchado
doctos en ciencias del progreso
con beneplácito y esperanza.
Pero siendo éstos mismos
los que ayudaron a inventar
las armas fratricidas
de las últimas
décadas,
hicieron que me apartase
de las páginas
de sus teorías.
Ahora la vida es
como una leve tragedia
para mí.

Escribo notas en mi diario
cada vez que puedo.
Desearía alentar
a todos los jóvenes
a llevar diarios,
un registro de la experiencia,
para legarla a sus hijos
a sus hermanos . . .

Sería necesario
Señor Presidente,
tratar de que los mayores
protejan en cierta manera
a los más pequeños,
como una forma de acercarlos más
unos a otros,

y de crearles paralelamente,
responsabilidades.

Espero Señor Presidente,
que a pesar de nuestras penas
seamos más felices.

La suya ha sido también
una vida muy solitaria".

El presidente se levantó
posó su mano sobre mi hombro,
y esbozando una feliz sonrisa
dijo que me comprendía.
Nos despedimos amigablemente
y él pensativo,
se volvió a sentar.

Al abandonar el salón blanco
atravesé un largo pasillo
que me condujo a la calle.
El cielo estaba cubierto por nubes
grises y oscuras,
pero ya no llovía.
Muy poca gente transitaba
y el movimiento de vehículos
era reducido.
Lejano, por entre esas nubes grises,
un leve resplandor se asomaba.
En ese momento, de alguna manera
sentí llegada la hora
de comenzar la búsqueda
de mis queridos padres.

EN EL UMBRAL

Cualquiera sea acto
o pueda suceder como un hecho.
Cualquiera nazca poseído
por una diamantina estrella
o descubra mapas
de una geografía desconocida.
Cualquiera dibuje
el dolor de las tribunas
o amanezca perdido
entre los hombres.
Cualquiera adquiera
una sombra esterilizada
o compre hectáreas
para reposar sus órganos . . .
Y no será visto por los niños

cuyo canto oscurece
los árboles del bosque
y no será oído
por los pájaros cuyo vuelo siempre
apresa las sonrisas del sol,
aunque balbucee, se estremezca,
se desdoble, su cuerpo encoja,
sus manos se crispen,
su rostro se turbe,
o intente oraciones en serenas
cimas
junto a la luz de la esperanza.
O cante solo
en el Umbral
muy solo...

Las ciudades de la infancia

Los abuelos encerrados en una botella de
cristal, pugnaban por salir.
Sus orejas frías, sus manos temblorosas,
su acercamiento repentino hacia los bordes
del cristal, reflejaban el desconcierto esta –
blecido por el cambio brusco de una ciudad
a otra; la variación de los hábitos,
la parsimoniosa estela de silencio.
La abuela sonreía temerosa, como si tuvie –
se delante de sus ojos un futuro perfectamente
revelado e inmediato. El abuelo visiblemente
cansado, envolvíase en su gruesa y larga
bata mientras inclinaba la cabeza.
A través del cristal, yo los veía.
Cuando pronunciamos sus nombres centenarios
ellos respondieron entusiasmados; una multitud
de voces emergía por la boca de la botella
como si reapareciesen cándidamente, claras
y sonoras con sus gritos, ciudades de otros
siglos.

(¡Y hemos visto ciudades con sus voces!. Ciudades pintadas de amarillo, decoradas con carteles de chapa que atraviesan las humeantes avenidas; con calles estrechas, poco transita – bles, y basurales almacenados en el final de las aceras; habitadas por meticulosos comer – ciantes, divertidos sastres, desapasionados payasos, y mujeres bailarinas que acarician sus senos cuando advierten el presuroso paso de algún viajero adinerado, ante las puertas de los teatros; cruzadas por largas y zigza – gueantes vías férreas de Norte a Sur, y un tranvía eléctrico para el paseo del domingo. Donde el sol dibuja en la mañana, la distribución del trigo por los campos; donde las flores frescas de las noches primaverales huelen a luna e inmaduras; donde el viento intranquilo del océano y las dunas sacude con violencia los ojos y el follaje. Habitadas por hombres añejos y lascivos que cantan bendiciones solitarias a quienes los acompañan desde una soledad eterna; donde bajo la sombra furtiva de alineados eucaliptus, mal vestidas y sin tiempo de observarse, mujeres sufridas de mirada lenta, tejen finos mantos de algodón para sus huéspedes y les procuran alimento y protección.

Ciudades apartadas de las tumbas y de los médicos. Ciudades a quienes impacientemente cuando las necesitamos hemos buscado. Ciudades antiguas, legítimas, históricas. Ciudades donde los sueños del hombre se realizan en los lugares que contienen muy pocos secretos, y de muy distinta manera a como habían sido concebidos primitiva – mente. Ciudades pequeñas que se levantan altivas y viriles, sobre los bordes de un abismo).

Deslumbrados por el brillo exterior que penetraba las paredes de su habitación, los abuelos sacudían sus brazos agitadamente mientras sonreían.
Pero sufrían, yo sé que sufrían.

Cuando se acercaban al cristal, golpeaban una o dos veces por día juntando los nudillos para comprobar la solidez de la botella.
Y cuando se encontraban sumamente preocupados o desvelados durante la noche y precipitados a una larga e inacabada vigilia, entonces se veían motivados a un golpeteo constante contra el cristal, como para liberar la

ciudad de la botella. Lograban tan
sólo con ello un irritante cimbrido como
respuesta, más luego abrazándose mimosos
retornaban al sueño.

¿Eran ellos allí ciudades en una botella y
entonces no significaban más que partes de
un mundo distinto,o resultaba ser que estos
cristales de tanto encerrar barcos en un mar
imaginario
y hombres en una tierra imaginaria
podían determinar también destinos?.

El abuelo sonreía temeroso, la abuela bos –
tezaba visiblemente cansada. Sus manos tem –
blorosas, sus orejas frías, encerrados en una
botella de pequeñas dimensiones, tal vez se
cuestionaban silenciosamente por las condicio –
nes de vida que harían cuanto antes posible
una humanidad mejor.

Esos rostros tersos, ese fresco cutis y esos
blancos cabellos, eran una ciudad de recuer –
dos como un pueblo del pasado.

No se daba nunca el caso de que llorasen juntos a deshoras.
Amaban sobre todo los cuerpos que no lasti – man; eran sensibles a la tersura y suavidad de la superficie del cristal; se complacían en buscar en ella frescura y tibieza mediante el tacto. Unas veces los objetos que les producían mayor placer eran los que manipulaban con mayor facilidad, los que por su tamaño y diseño se adaptaban mejor a la extensión y forma de sus manos. Otras veces les agrada – ban más los que les asombraban por su volú – men o los que más difícil les resultaba mani – pular.
Parecían por momentos, insensibles a todo, excepto a sí mismos.

Cuando tendían sus manos sobre el cristal para buscar alivio en su frescura, ante el amenazante reflejo de sus propios rostros, acudían a su memoria aquellos nobles deseos de edificar un mundo nuevo.
Las ciudades imaginadas en la niñez tienen semejanza con aquellas desprendidas por la

memoria en la edad madura. Y aquí el ancia –
no se asemeja al niño de los primeros años.
De niños soñamos con ciudades libres, con
mundos equilibrados en todo sentido; sin
advertir que la realidad exterior presenta
otro aspecto.
Esta dicotomía entre lo que quisimos que
fuese el mundo y lo que realmente es, se
presenta tan crudamente que niños y ancia –
nos ostentan en el sueño el gran recurso de
las ilusiones eternas, aquellas en las que
aún es posible creer. Esas ilusiones que
algún día harán posible que desde una
ventana abierta alguien se asome y nos
diga: ¡habrá una justicia!,
serán utópicas pero no cesarán jamás.
Los abuelos preocupados por conservarse
jóvenes ante todos los pasados juntos,
impresionaban más por esa afanosa volun –
tad de sostener vigorosa la memoria, que
por su actitud de defensa ante la fuerza
de las costumbres.

Habían amado con frecuencia los valles,
las flores, la belleza del atardecer, y
también todo aquello que alcanza al re –
cuerdo. ¡Tanto habían viajado!.
Ellos trataron de ser felices. Cuando des –
cubrieron la vida en la botella, la más
extraña y jamás imaginada habitación
se convirtió en un misterioso enigma,
que golpeó y abrió vigorosamente sus
ojos. Sus rostros adoptaron el gesto del
que emprende el silencioso viaje hacia sí mismo.
El abuelo sonreía temeroso y saludaba;
la abuela mientras respiraba agitadamente,
entonaba una antigua canción de cuna.
Encerrados en una botella de cristal ya
no pugnaban por salir.

¿Era el tiempo en que Dios asesinaba a
los hombres o el de la sonrisa de la
Esfinge?.

. . . . . .

Ya todo eso es irreal,
insignificante, superfluo.
Ahora creo estar naciendo de nuevo.
Me encuentro en una cuna
rodeado por varias personas.
Esas personas suelen llamarme Pierre
por lo que deduzco debo ser francés.
Hay una mujer joven
que me besa
y se queda mirándome fijamente,
llorisqueando con ternura.
Lo repite varias veces.
Posiblemente sea mi madre.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de Octubre de 1996, en la Imprenta del Autor, Superí 2135 1º "8"
Buenos Aires - República Argentina.
Con una tirada de 50 ejemplares.

Albores

Albores es un conjunto de poemas
y narraciones breves.
Lo que podríamos llamar *Escrĭtos* de Juventud.
Es una expresión literaria de aspectos que
poseen las cosas cotidianas, donde se
observa que lo material es relativamente
efimero, y que son los sueños
muchas veces los que perduran en la vida.